

arrojar luces clarificadoras. Lo que a veces se achaca a una praxis cristiana de magnificación y victimismo ha de ponerse en relación con la mentalidad y la historiografía de la época. Los números elevados y la brutalidad o sofisticación de las penas (cosa que es importante estudiar de una forma crítica, y así se ha hecho y se hace, con la intención de ser más exactos en los martirologios y ofrecer relatos lo más cercanos que se pueda a la realidad de los hechos) se entienden también en el contexto de los géneros literarios de la época (incluida la bizantina), que afectaban a la historiografía en general.

Una clave central es no perder de mira qué es la fe cristiana. Y aunque no se le exige a un trabajo de historia que incluya otras perspectivas, parece necesario que las afirmaciones que se hagan sí las tengan en cuenta. La breve exposición que hay en la introducción sobre la etimología de mártir (testigo) y la connotación que adquiere en ámbito religioso ganaría mucho con un estudio más teológico. Lo mismo se puede decir sobre el empleo del término «culto» (p. 7). En esta misma línea, no parece que los cristianos, al hablar de los martirios, hayan buscado «vencer» a nadie

en una disputa por aparecer como los más cruelmente perseguidos (en todo caso, la clemencia propugnada por Séneca al joven Nerón no encontró gran eco en su forma de gobierno). Como ya apunta la misma autora, hay una incompreensión de fondo respecto a la creencia cristiana misma: lo que cambia en un converso no es algo externo (como mucho, lo que se consigue es ser mirado con recelo) sino algo interno. El cristiano sigue haciendo lo mismo que hacía antes (obviamente, cambiando los estilos de vida incompatibles con la fe), pero le anima un espíritu nuevo: la creencia en la resurrección y en la vida eterna. En este contexto, la apostasía no es un acto meramente externo: para un cristiano, la apostasía implica el rechazo mismo de la fuente de la vida eterna. No se puede ofrecer culto a los dioses o al Emperador y seguir viviendo como cristiano. Los relatos de martirios intentan poner de manifiesto hasta qué punto la fe da sentido a la propia existencia y hasta qué punto la esperanza ayuda a afrontar lo que para muchos es una muerte dolorosa y definitiva.

Juan Luis CABALLERO
Universidad de Navarra

Michel-Yves PERRIN

Civitas confusionis. De la participation des fidèles aux controverses doctrinales dans l'Antiquité tardive (début III^e s. -c. 430)

Nuvis, Paris-Pekin-Philadelphie 2017, 405 pp.

El subtítulo del libro concreta el contenido de la investigación cuyos resultados se ofrecen al lector: sobre la participación de los fieles en las controversias doctrinales en la Antigüedad tardía. El origen de este trabajo se sitúa en la memoria inédita que el autor redactó para un dossier de habilita-

ción para dirigir investigaciones presentado en la Universidad de París X-Nanterre, en 2004. Perrin es actualmente director de estudios en la Sección de Ciencias Religiosas de «l'École Pratique des Hautes Études» (Sorbona, París) y miembro del «Laboratoire d'études sur les Monothéismes»

(UMR 8584/Labex Hastec). Es especialista en historia y en historiografía del cristianismo antiguo.

En el contexto de los desacuerdos y disputas entre los creyentes en los primeros siglos del cristianismo (herejía y ortodoxia), surge la pregunta: ¿se trataba, como dicen algunos, de un «diálogo» de teólogos, de personas letradas, extraño al pueblo fiel, a las masas o, por el contrario, los fieles participaron en él y, si esto fue así, de qué modo? En la parte del libro titulada «Prólogo» (pp. 15-69), el autor expone en detalle la naturaleza de la cuestión y cómo pretende afrontarla. Perrin analiza las afirmaciones de E. Gibbon, J. H. Newman y J. Lebreton, las valora y se basa en algunas de sus intuiciones. Uno de los textos que se encuentran en la base del estudio es una homilía de Gregorio de Nisa, citada por Gibbon, en la que el nicensino habla de los miembros del pueblo, de los oficios más variados, que, como teólogos improvisados, opinan sobre las cuestiones doctrinales más candentes en el momento. Una de las claves aquí está en no identificar sin más la participación de las masas en las disputas doctrinales con los fenómenos violentos, con las peleas entre partidarios de una postura u otra. Algunos autores dibujan el cuadro de unos energúmenos iletrados que piensan que pueden opinar de todo, y que no tienen reparo en llegar a las manos por hacer que prime su opinión. Este oscuro cuadro se aclara con la investigación de Perrin.

Desde el punto de vista cronológico, la delimitación que el autor establece para su investigación es, por un lado, el inicio del siglo III y la crisis del monarquianismo y, por otro, el primer tercio del siglo quinto, concretamente el año 430, fecha de la muerte de San Agustín, marcada a su vez por el declive de la crisis arriana. Concretamente, la obra del Padre de Hipona apor-

ta un excelente material de todo tipo para el estudio que se está realizando. En todo caso, las fuentes escritas, afirma Perrin, no son más que la parte que aflora en un proceso esencialmente oral. En el prólogo al libro, además, justifica por qué habla de «fieles» en vez de «laicos»: para remarcar su pertenencia eclesial. En ese grupo se incluyen también los catecúmenos, personas que están en proceso de ser cristianas.

En diversos textos, como por ejemplo en el *Contra Celso* de Orígenes, se habla de lo que podría denominarse una «democratización» de la cultura: el mundo entero, se dice ahí, conoce la predicación de los cristianos mejor que las tesis favoritas de los filósofos. Es de un modo particular en las ciudades donde los fieles cristianos («simples») tienen acceso, a través de las catequesis y de las predicaciones (en las que se refleja la herencia de la retórica antigua), a una seria formación doctrinal de base (con argumentos a favor de las tesis disputadas y con refutaciones), la cual va dirigida también a procurar el discernimiento del fiel respecto a la ortodoxia y la herejía. La gente del campo puede beneficiarse de esto cuando, en las fiestas, se acerca a los santuarios para escuchar la predicación, consiguiéndose así una gran difusión capilar de la doctrina. Estos predicadores, herederos de los rétores y oradores del mundo romano, consiguen hacer accesible al gran público los conceptos teológicos que les permiten tener cierto nivel de competencia en las disputas doctrinales, favoreciendo así su adhesión a la fe recta. Esta dinámica se refuerza con los libros, en los que sus autores pueden expresar con más rigor y exactitud los conceptos.

Las fuentes no permiten generalizar esta dinámica, que aparece mencionada en casos singulares, y tampoco permiten definir bien el papel de los nuevos conversos en las controversias doctrinales. En todo caso,

la conclusión es que las crisis doctrinales no fueron crisis de obispos o de teólogos, sino que en ellas intervinieron también las masas. La documentación sobre este fenómeno, que tiene un declive en la alta Edad Media en Occidente (no así en Oriente), es más abundante a partir del siglo quinto.

Perrin divide su investigación en tres grandes capítulos: 1. «Un éthos hérésiologique» (una capacidad de discernimiento; dar razón de los desacuerdos de los cristianos; reconocer «la Iglesia católica»); 2. «Les arts de la persuasion» (predicaciones y polémicas; disputas y contiendas verba-

les; libros, cartas y lecturas públicas); 3. «Les ressorts d'une participation» (ejemplos; las ocasiones de una implicación; los móviles de una adhesión). Los subtítulos de cada capítulo dan una clara idea de los caminos por los que procede el trabajo. La documentación aportada es abundante y rigurosa, con numerosas citas a pie de página que, con frecuencia, incluyen textos en las lenguas originales. Las pp. 299-391 son de bibliografía, incluidas las referencias de las fuentes antiguas consultadas.

Juan Luis CABALLERO
Universidad de Navarra

SÓCRATES DE CONSTANTINOPLA

Historia eclesiástica

vols. 1 y 2, Ciudad Nueva, Madrid 2017, 369 pp. y 275 pp.

Esta obra, publicada en castellano por la editorial Ciudad Nueva en dos volúmenes, es una continuación de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea. Pero es algo más que eso, pues tiene su propia singularidad y se presenta como auténtico modelo de rigor e investigación científica, y así se hace constar al inicio del libro primero.

Sócrates nació y creció en Constantinopla, alrededor del año 380 (Eusebio de Cesarea había muerto en torno al año 340), y falleció en esa misma ciudad entre los años 439 y 450. Su *Historia eclesiástica* tuvo dos redacciones, la primera quizá del año 439 y la segunda, con la obra completa, del 440. Como historiador, se trata de una persona instruida, que escribe con claridad y sinceridad, aunque también con ciertos refinamientos de estilo. En su misma obra se encuentran algunas referencias autobiográficas que ayudan a perfilar mejor su formación: recibió clases de los gra-

máticos Heladio y Amonio; y escuchó la interpretación de las Escrituras que hacía el arriano Timoteo, de acuerdo con las enseñanzas de Orígenes. De esas referencias también podemos deducir que fue clérigo, quizá novaciano. En todo caso, su obra no es reivindicativa, sino un modelo de objetividad y tolerancia.

La obra está dedicada a Teodoro, probablemente un clérigo, que le solicitó la tarea. Consta de siete libros. Los dos primeros fueron editados dos veces, con el objeto de corregirlos y enriquecerlos. En la primera redacción, Sócrates había tomado algunas informaciones de la *Historia eclesiástica* de Rufino, pero luego, el descubrimiento y consulta de nuevos documentos le llevó a modificar algunos de esos datos. Por otro lado, puede parecer que los libros VI y VII sean un apéndice a una obra en cinco libros, pero el proemio que hay en el sexto más bien responde a una